



## EL NATURALISTA CUBANO FELIPE POEY: SU OBRA Y SUS RELACIONES CON LA INSTITUCIÓN SMITHSONIAN<sup>1</sup>

Quisiera comenzar por agradecer al Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales la muy amable invitación a estar entre ustedes en ocasión de la apertura de la exposición sobre Felipe Poey y la biodiversidad que hoy se inaugura.

Debo decir que me complace sobremanera encontrarme en Panamá, país latinoamericano y caribeño, y por ende cercano a Cuba por su idioma y por su



Carlos J. Finlay

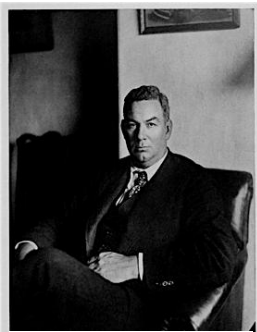
cultura. Visito Panamá por primera vez, y debo decir que me gustaría mucho saber más sobre su historia, sus costumbres y su naturaleza. Por mis inclinaciones historiográficas conozco, desde luego, los vínculos que las circunstancias políticas del siglo XX forjaron entre Panamá y Cuba, pues ambos países formaron parte del complejo entramado a que dio lugar el proyecto definitivo de un canal que uniese los océanos Atlántico y Pacífico. Como

sucediera previamente en Cuba, los descubrimientos y recomendaciones del médico cubano Carlos J. Finlay resultaron esenciales en Panamá para la labor

---

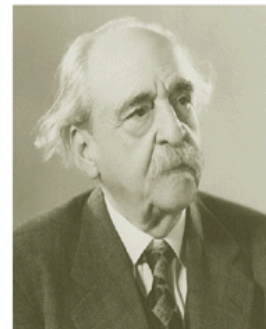
<sup>1</sup> El Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales (STRI, por sus iniciales en inglés), radicado en Panamá, me invitó en 2005 a inaugurar la exposición “El naturalista cubano Felipe Poey y el descubrimiento de la biodiversidad en el siglo XIX” y a pronunciar una conferencia sobre la obra de Felipe Poey, quien estuvo vinculado con la Institución Smithsonian durante muchos años. El 5 de septiembre, con la asistencia de numerosos investigadores panameños y estadounidenses, así como de varios funcionarios panameños y de la embajada cubana en Panamá, además de representantes de la administración central de la Institución Smithsonian, de Washington, D.C, di lectura al texto que aquí se presenta (sólo ha sufrido modificaciones menores desde entonces). -PM Pruna Goodgall

de eliminación de vectores que, bajo la dirección de William Gorgas, hizo posible la construcción del canal. Después de la culminación de esta gigantesca obra, Cuba debía fungir como retaguardia para proteger el tránsito hacia el canal; tarea que la marina de guerra cubana cumplió con asiduidad y eficacia durante la Segunda Guerra Mundial, cazando submarinos nazis, a veces con la entusiasta participación de Ernest Hemingway en su yate Pilar. En los años cincuenta se llegó a concebir un proyecto para construir otro canal, esta vez en Cuba, que facilitase el paso directo desde Norteamérica hacia Panamá y América del Sur, proyecto que la opinión pública en Cuba hizo fracasar. Durante los años setenta, en la época del general Omar Torrijos Herrera, hubo un acercamiento entre los gobiernos de ambos países, coincidiendo con la discusión y firma del Tratado Torrijos-Carter, que sentó las bases para la transferencia de la Zona del Canal a la soberanía panameña.



Thomas Barbour

Otro hecho que vincula a Cuba y a Panamá, y que debo recordar hoy, es que -en ambos países- se establecieron las primeras estaciones de investigación tropical creadas por entidades de los Estados Unidos. La



Carlos de la Torre

fundación de la estación de Barro Colorado, núcleo del actual STRI, y la atención al Jardín Botánico de Harvard, en Cienfuegos, Cuba, estuvieron vinculadas con la figura del zoólogo bostoniano Thomas Barbour. Barbour estuvo en Cuba muchas veces, allí fue elegido -en 1913- miembro de mérito de la Academia de Ciencias de La Habana, y recibió el doctorado *honoris causa* de la Universidad de La Habana en 1930. Tuvo un gran amigo cubano, el destacado naturalista Carlos de la Torre, discípulo

predilecto que fuera de Felipe Poey, el zoólogo cubano de quien me corresponde hablar hoy.<sup>2</sup>



Felipe Poey y Aloy

Hace algunos años un colega norteamericano me decía que Felipe Poey, en su época, no sólo era conocido internacionalmente, en los Estados Unidos y en Europa, sino que probablemente fuese, si no el principal, uno de los principales naturalistas de toda América. Esta apreciación tiene una relevancia no sólo cualitativa, sino cuantitativa, si se advierte que la “época” de Felipe Poey cubrió casi un siglo. Porque Felipe Poey nació en La Habana en 1799 y murió en la misma ciudad en 1891. Fue contemporáneo consciente, por ende, de los movimientos independentistas de América Latina, de la invasión francesa de México, de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, y testigo inmediato de la revolución de 1830 en Francia y de dos de las tres guerras de independencia en Cuba.



Georges Cuvier

Mencioné la revolución de 1830 en Francia porque Felipe Poey, quien era de madre cubana, pero de padre francés, tomó parte en esa revolución popular que instaló en el poder a Luis Felipe de Orleáns. En París se hallaba cuando tuvo lugar ese mismo año el histórico debate entre Georges Cuvier y Étienne Geoffroy-Saint Hilaire, que fue premonitorio de las posteriores disputas sobre la evolución biológica. Años más tarde confesaría que si bien los hechos hacían

<sup>2</sup> La biografía más reciente y actualizada de Felipe Poey es: González López, Rosa María: *Felipe Poey*.

que él se adhiriese a los criterios de Cuvier, no por ello dejaba de sentir simpatía por los de Saint-Hilaire.

Poco antes había conocido personalmente a Cuvier, el fundador de la paleontología, con quien departió e incluso visitó su casa y cenó con él. Le había llevado ejemplares (conservados en aguardiente) de diferentes especies de peces cubanos y sus notas al respecto. Muchas de estas especies fueron posteriormente mencionadas en la monumental *Historia Natural de los Peces*,<sup>3</sup> que Cuvier y Valenciennes entonces preparaban. Todavía hoy se conservan, en el Museo de Historia Natural de París, 16 ejemplares de los peces donados por Poey.<sup>4</sup> En 1832 Poey estuvo, con Latreille y otros entomólogos, entre los fundadores de la Sociedad Entomológica de Francia, y publicó una obra -bellamente ilustrada- sobre 20 especies de mariposas cubanas.<sup>5</sup> Poey mantuvo relaciones de amistad con dos famosos entomólogos franceses, Chevrolat y Guèrin-Meneville, con quienes sostuvo una activa correspondencia en años posteriores. Así pues, Poey estuvo cerca o fue testigo no sólo de importantes acontecimientos políticos, sino de hechos de alguna relevancia en la historia de la biología durante el siglo XIX.

Recordaba la madre de Poey que este -desde muy pequeño- se sentaba durante horas enteras a observar las hormigas, y -aunque no todos los que observan las hormigas se convierten en naturalistas- podemos quizás aceptar que la vocación de observar es parte imprescindible del carácter de todo naturalista.

---

*Estudio Biográfico*. Editorial Academia, La Habana, 1999.

<sup>3</sup> *Histoire Naturelle des Poissons*. Chez F.G.Levraut. Paris, 1828-1849. (22 volúmenes)

<sup>4</sup> Según información enviada por dicho museo a Rosa María González, que aparece en su biografía de Poey (ver nota 2), p. 234.

<sup>5</sup> *Centurie des Lepidopteres de l'Ile de Cuba*. Paris, 1832. Una edición facsimilar fue publicada por E. W. Classey, 1970. [Hampton, Inglaterra.]

Quizás su talento como observador se le haya avivado aún más durante los años de su niñez que pasó en Francia, cuando una grave enfermedad, posiblemente poliomielitis, lo obligó a guardar cama durante mucho tiempo. La secuela de esta enfermedad fue una parálisis parcial de la mitad derecha de su cuerpo por el resto de su vida; y aunque logró recobrase de su total postración, y adaptarse a su nueva condición, ella limitó sus actividades como explorador y coleccionista, pero -a la vez- estimuló su amor por la naturaleza, otro de los rasgos indelebles de su carácter.



Aunque Poey coleccionó y estudió varios órdenes de insectos (sobre todo las mariposas) y reunió una gran colección de moluscos, los objetos biológicos a los cuales dio preferencia fueron

los peces. Para hacerse de ejemplares de peces se valió de la ayuda de un numeroso grupo de pescadores habaneros, que se convirtieron en amigos suyos. Estos obreros del mar fueron sus más eficaces auxiliares en la búsqueda de especies nuevas o poco conocidas.

Felipe Poey dedicó buena parte de sus esfuerzos a caracterizar la fauna piscícola cubana y a identificar sus especies. Escribió varios trabajos al respecto, que publicó en sus *Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba* (vol. 1, 1851; vol. 2, 1856-1858) y en su *Repertorio Físico-Natural de la Isla de Cuba* (vol. 1, 1865; vol. 2, 1866-1868), así como en revistas de los Estados Unidos y de España. La culminación de su obra como ictiólogo fue la

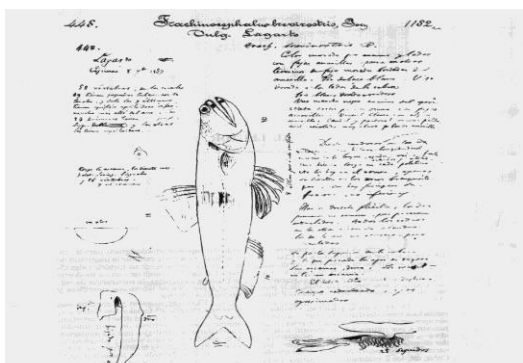
preparación de su *Ictiología Cubana o Historia Natural de los Peces de Cuba*, obra monumental, que incluía -además de un extenso texto- un atlas en varios volúmenes, donde muchas especies estaban representadas en tamaño natural.

Poey comenzó a trabajar en la *Ictiología Cubana* después de publicar, en 1868, una *Sinopsis de los Peces de Cuba*. Hacia 1871 concebía su *Ictiología* como una serie de 5 volúmenes manuscritos, pero en 1878 -cuando estaba prácticamente terminada- ya constaba de 10 volúmenes manuscritos. Comenzaron entonces las gestiones para publicarla en Cuba, todas las cuales fueron infructuosas, dada la falta de financiamiento; pero en 1883 Poey aceptó la propuesta de vender su *Ictiología Cubana* al gobierno español (por una cantidad relativamente exigua) para que fuese expuesta en la Exposición Colonial Internacional de Amsterdam, que tuvo lugar ese año. Allí, la obra tuvo una excelente acogida: recibió medalla de oro y el rey de los Países Bajos, Guillermo III, confirió a su autor la orden del León Neerlandés.

Poey tenía la esperanza de que, después de los premios recibidos, la obra fuese publicada en España. Consiguió, a esos efectos, que fuera depositada en el Museo de Historia Natural de Madrid; pero las gestiones para su publicación en España no dieron fruto. Ya en el siglo XX, el gobierno cubano se interesó por obtener una copia de la misma, lo cual se realizó bajo la dirección del discípulo predilecto de Poey, Carlos de la Torre. La compleja historia relacionada con la publicación de la *Ictiología Cubana* ocuparía demasiado tiempo en esta exposición, por lo que me limitaré a señalar que, desde los años sesenta, el ictiólogo cubano Darío Guitart comenzó a preparar una edición de la obra basada en el borrador de la misma conservado en Cuba (complementado luego con una copia del manuscrito depositado en España), y

que la *Ictiología Cubana* pudo por fin publicarse completa en La Habana en el año 2000, 122 años después de su culminación.<sup>6</sup>

La obra magna de Felipe Poey incluye las descripciones de 758 especies, todas ellas representadas en 1040 láminas. Aparecen ilustradas 360 especies



Página del manuscrito de la *Ictiología Cubana* de Poey

nuevas, descritas por Poey con anterioridad, pero no representadas. Actualmente se reconocen unas 600 especies de peces en Cuba, de las cuales 465 se hallan en la *Ictiología Cubana*, de ellas 125 son especies válidas, originalmente descritas por Poey. Lo

propio puede decirse de 15 de los 27 géneros de peces establecidos por él e incluidos en la obra.<sup>7</sup>

Felipe Poey era el centro de una extensa red de naturalistas a lo largo de Cuba. Tenía corresponsales en todas las ciudades importantes, y de ellos recibía ejemplares y noticias de interés. Hay que añadir a lo anterior que tuvo un buen número de discípulos en la Universidad de La Habana, quienes -después de haberse graduado- mantuvieron el vínculo con su maestro. Debido a sus limitaciones físicas, realizó pocas expediciones de exploración, restringidas por lo común al occidente de Cuba. Tenía amistad con el naturalista alemán Johann Gundlach, quien vivió la mayor parte de su



Johann (Juan C.) Gundlach

<sup>6</sup> Poey, Felipe. *Ictiología Cubana*. Ed. Imagen Contemporánea. La Habana, 2000. (3 vols.)

vida en Cuba y sí recorrió prácticamente todo el país. Poey lo consideraba virtualmente su *alter ego*. Gracias a su dedicación personal y a sus relaciones con un buen número de naturalistas cubanos y extranjeros, Poey poseía un conocimiento enciclopédico de la fauna y, en general, de la naturaleza de Cuba.

A este conocimiento contribuyó su interés por la geografía, que lo llevó a publicar, en 1836, el primer libro de texto de geografía editado en Cuba. Esta obra alcanzó 19 ediciones, y en ella se esforzó Poey por sistematizar los conocimientos existentes acerca de la topografía e historia natural del país. Poey escribió, además, artículos de divulgación científica y alguno que otro de carácter literario, incluyendo varias poesías. Muchos de sus artículos fueron recopilados por él, en 1888, en sus *Obras Literarias*, que también han sido recientemente reeditadas, al cabo de más de cien años.<sup>8</sup>



David Starr Jordan

Felipe Poey era una personalidad emblemática de La Habana, al menos desde los años cincuenta del siglo XIX. Con ello quiero decir que se trataba de una persona cuya existencia era conocida y admirada por prácticamente todos los habitantes de la ciudad. A ello contribuía su carácter afable y su buen humor, su facilidad para relacionarse con las personas y su invariable disposición no sólo a enseñar, sino también a aprender. Estas características fueron resaltadas por David Starr Jordan, notable ictiólogo

<sup>7</sup> Guitart, Darío. “Felipe Poey y Aloy. En el 180 aniversario de su nacimiento”. *Conferencias y Estudios de Historia y Organización de la Ciencia* No. 19, pág. 12. 1980.

<sup>8</sup> En Poey, Felipe. *Obras*. Imagen Contemporánea. La Habana, 1999. [Edición compilada y anotada por Rosa María González López].



estadounidense, quien vino a la La Habana a conocer a Poey y publicó en 1884 un esbozo biográfico de él, donde afirmaba:

No hay característica más asombrosa del trabajo del profesor Poey que su total ausencia de prejuicio o, en otras palabras, su educabilidad. Cierta zoólogo me fue descrito en una ocasión por el Dr. Kirtland como ‘un hombrecillo al que no se le podía decir nada.’ Su carácter era, en este respecto, exactamente el reverso del profesor Poey. Entre los zoólogos eminentes de nuestros tiempos, no conozco ninguno que esté tan dispuesto a aprender, cualquiera sea la fuente de donde provenga la información. No tiene teorías que no esté dispuesto a dejar de lado cuando aparece una sugerencia mejor. A diferencia de otros escritores sistemáticos, no muestra preferencias por sus propios nombres o subdivisiones, sino que está listo, si la evidencia parece así requerirlo, a eliminar una de sus propias especies o géneros tanto como los de cualquier otro autor.<sup>9</sup>

La segunda mitad del siglo XIX fue, probablemente, la época más convulsa de la historia de Cuba. Un sinnúmero de conspiraciones y tres guerras de independencia culminaron con la intervención, en 1898, de los Estados Unidos en la guerra que desde 1895 libraban los independentistas cubanos contra el dominio español. Felipe Poey falleció en 1891, pero le tocó padecer, durante la Guerra de los Diez Años, entre 1868 y 1878, no sólo las persecuciones de que fueron objeto sus hijos Andrés y Federico, sino también diversas restricciones y humillaciones a que lo sometieron las autoridades coloniales españolas.

Por otra parte, tocó a Poey intervenir, en los años sesenta, en dos significativos debates científicos que tuvieron lugar en Cuba en esa década: uno relacionado con el problema de la unidad de la especie humana, el otro vinculado con la teoría de la evolución.



Louis Agassiz

La cuestión de la unidad de la especie humana fue objeto de debates en varios países en la década de los años cincuenta del siglo XIX. Uno de los primeros en suscitar este debate fue Louis Agassiz, el famoso naturalista suizo establecido en Estados Unidos, donde fundó el Museo de Zoología Comparada, que pertenece actualmente a la Universidad de Harvard. Agassiz, por cierto, fue años más tarde un asiduo corresponsal de Felipe Poey. En una serie de conferencias que brindó en 1853, Agassiz sostuvo la tesis de que existían tantos tipos de seres humanos, creados por Dios, como naciones y lenguajes. Fue acremente criticado por círculos religiosos de los Estados Unidos, puesto que tal enseñanza iba contra lo que sostenía la Biblia.<sup>10</sup> En Francia, el naturalista Georges Pouchet enunció en 1858 una tesis similar a la de Agassiz. A él se opuso otro naturalista, Armand de Quatrefages de Bréau, quien consideraba que el hombre era una sola especie, pero con tantas características singulares que merecía ser incluido en un reino aparte, el Reino Hominal.

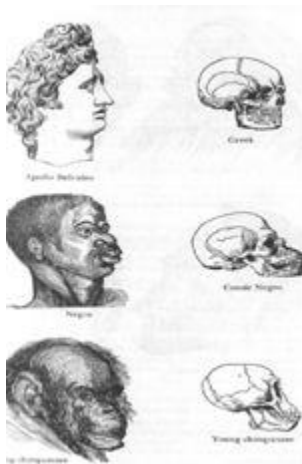
<sup>9</sup> Jordan, David S.: Sketch of Professor Felipe Poey. *The Popular Science Monthly* (August), 1884, pp. 547-552..La cita corresponde a la p. 552.

<sup>10</sup> Vea Gould, Stephen Jay: *The Mismeasure of Man*. W.W. Norton and Company. Nueva York y Londres, 1981, pp. 42-50.

En el debate sostenido en 1861 en el Liceo de Guanabacoa, una ciudad cercana a La Habana (hoy parte de ella), Ramón Zambrana, entonces secretario general de la Academia de Ciencias, defendió la idea del Reino Hominal, en tanto Poey se manifestó también a favor de la unidad de la especie humana, pero sin elevarla a la categoría de reino.

Poey comprendía perfectamente que la idea de que el hombre moderno consta de varias especies podía servir para justificar el sometimiento de unos grupos étnicos por otros y, en especial, para apoyar la esclavitud, que en Cuba, como

en los Estados Unidos y Brasil, era todavía legal y estaba ampliamente difundida. Por ello se opuso



también, por esos años, a la teoría de la evolución, porque conocía de varias obras donde los negros eran colocados cerca de los simios en la escala evolutiva. Tal era el caso de la obra de Josiah Nott y G.R. Gliddon “Los tipos de hombres” (*Types of Mankind*), publicada originalmente en Filadelfia en 1854, donde aparece una representación característica de la antropología racista

(con el cráneo del negro intencionalmente deformado, para aproximararlo al del chimpancé). Poey, quien fue antiesclavista y antirracista desde muy joven, reconoció en su discurso la igualdad de las “razas”, que consideraba divisiones puramente convencionales del continuo humano. Su discurso, pronunciado en presencia del gobernador español, dio lugar a críticas, y Poey tuvo que escribir una retractación (que no sabemos si fue pronunciada), donde, de manera

embozada, seguía afirmando que las “razas” eran iguales, aunque no hubieran alcanzado la igualdad en el plano legal.<sup>11</sup>

Siete años después de su exposición sobre la unidad de la especie humana,



El conde de Pozos Dulces

tocó a Felipe Poey responder el discurso de ingreso en la Academia de Ciencias de La Habana de un destacado reformista criollo, Francisco de Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, quien se dedicaba a temas relacionados con la agricultura y la ganadería. Pozos Dulces habló sobre la teoría de la evolución de Charles Darwin, a la cual se opuso, aunque la interpretaba erróneamente como una teoría de la especiación por hibridación. Poey, en su respuesta, afirmó que el problema de si las especies son constantes o varían en el tiempo y pueden dar origen a otras especies era una cuestión “abierta”, y prometió dedicarle mayor atención en el futuro. Y, en efecto, expuso sus ideas al respecto en la Academia de Ciencias, pero -lamentablemente- no se recogieron en acta ni se publicaron.

Sabemos, no obstante, que Poey comenzó a utilizar en sus clases en la Universidad criterios evolucionistas. También se comenzaron a defender, ya en los años ochenta, tesis con similares criterios en la Facultad de Ciencias. Hacia 1890 todos los profesores de historia natural de dicha facultad eran evolucionistas, aunque no todos eran darwinistas. Uno de los principales discípulos de Poey, Juan Vilaró, ictiólogo como su maestro, proclamó en ese año el “triunfo del evolucionismo” en la Universidad de La Habana, en su

<sup>11</sup> El discurso completo se reprodujo, por primera vez, en Felipe Poey y Aloy: *Obras*. Editorial Imagen Contemporánea. La Habana, 1999, pp. 503-519. La “retractación” aparece en Pruna Goodgall, Pedro M.

discurso de apertura del curso académico. Poey y sus discípulos fueron los introductores del evolucionismo biológico en la enseñanza universitaria en Cuba. Algunos de estos discípulos, como Carlos de la Torre y Arístides Mestre, eran partidarios de la teoría de la evolución por selección natural de Charles Darwin, otros no apreciaban que hubiera diferencias sustanciales entre la teoría de Lamarck y la de Darwin.

Si tenemos en cuenta los diferentes aspectos de la biografía de Felipe Poey, resumidos en las palabras anteriores, resulta casi palmaria la afirmación de que ocupó un lugar prominente entre los naturalistas de toda América durante el siglo XIX. En 1999, para conmemorar el bicentenario de Felipe Poey, se creó una Comisión Nacional cubana, encabezada por el presidente de la Academia de Ciencias y por el rector de la Universidad de La Habana, una de cuyas actividades fue el simposio conmemorativo “Felipe Poey *In Memoriam*” que se celebró en el Museo Nacional de Historia de las Ciencias en La Habana en enero del año 2000. En este simposio estuvo presente una nutrida delegación de naturalistas de los EE.UU., procedentes sobre todo de la Smithsonian Institution, y no era casual esta presencia, ya que Felipe Poey tuvo estrechos lazos con la Smithsonian. Por ello, en marzo del año 2001 se llevó a cabo otro simposio conmemorativo, bajo la denominación de “Clades en el Caribe”, en el Centro Internacional de la Smithsonian Institution,<sup>12</sup> en Washington, D.C., al cual asistió un numeroso grupo de especialistas de varias instituciones cubanas y norteamericanas.

---

*Darwinismo y Sociedad en Cuba. Siglo XIX.* Editorial Científico-Técnica. La Habana, 2010, p 38.

<sup>12</sup> La realización de dicho simposio fue iniciativa de la directora de dicho Centro Internacional, Sra. Francine Berkowitz.



Joseph Henry

En ambos simposios se examinaron someramente algunos de los vínculos de Poey con la Smithsonian, pero hoy trataré de examinar algunos de ellos con más profundidad, basándome sobre todo en materiales de archivo de la propia institución y, en especial, en la correspondencia de Felipe Poey con los dos primeros secretarios de la Smithsonian, el físico Joseph Henry y el zoólogo Spencer Baird. Este último fue con anterioridad vice-secretario de la institución y director del Museo Nacional de los Estados Unidos (United States National Museum), el precursor de todo el complejo de museos que hoy forman parte de la Smithsonian. Poey también sostuvo una prolongada correspondencia con el zoólogo Theodore Gill, asociado a la Smithsonian y personalidad también prominente entre los naturalistas estadounidenses de entonces.



Spencer Baird

Theodore Gill

La Smithsonian Institution, como todos sabemos, se fundó en 1846. La institución asumió, en aquellos años, responsabilidades muy diversas, entre ellas la función de distribuir publicaciones científicas: recibía publicaciones de instituciones de los EE.UU. y, gracias a la franquicia de correo que poseía, las enviaba a otros países; recibía también publicaciones de otros países y las distribuía en los EE.UU. o las incorporaba a sus propios fondos bibliográficos. Desde 1850, la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, fundada en 1793, comenzó a enviar a la Smithsonian sus *Memorias*, y a recibir a cambio publicaciones de los EE.UU. Felipe Poey era el enlace para este intercambio, que llegó a adquirir grandes proporciones: la Smithsonian

enviaba anualmente unas 400 libras de publicaciones a La Habana, pero en 1868 la Sociedad Económica le envió a cambio 630 libros, 13 folletos y una carta geográfica.<sup>13</sup>

La primera referencia explícita a Felipe Poey en documentos de la Smithsonian Institution corresponde a la lista de donativos incluida en el reporte anual para 1855 del entonces secretario Joseph Henry, donde se incluye una referencia a “F. Poey –Peces de Cuba.”

En junio de 1858, Spencer Baird, respondiendo a una carta de Poey, le ofrecía, en nombre de Joseph Henry, “cualquier ayuda que la Smithsonian Institution pueda brindarle, en cualquier investigación que esté realizando, en forma de libros, especímenes o información” a la vez que le pedía duplicados de aves cubanas, ya que Baird estaba empeñado en crear una gran colección de aves de todo el hemisferio occidental. Poey puso a Baird en contacto con Johann Gundlach (especialmente versado en ornitología) para que éste le enviase ejemplares de aves y de mamíferos cubanos, algo que Gundlach realizó con bastante regularidad.

En el reporte de 1873, Henry se refirió más extensamente a los donativos de Poey (cito):

Una importante contribución [procedente] de las Antillas consiste en los esqueletos y especímenes conservados en alcohol de peces de Cuba, donados por el Prof. F. Poey, de La Habana. El profesor Poey es un

---

<sup>13</sup> En *Smithsonian Institution Annual Report for 1850*, p. 76, se recoge la noticia del envío de las Memorias de la Sociedad Económica, mientras que en el correspondiente a 1868, p. 42, se hace referencia al voluminoso

naturalista eminente, cuyos escritos sobre los peces de las Antillas son la autoridad estándar y él ha tenido la amabilidad de suministrar al Museo Nacional una serie completa de peces cubanos, adecuadamente nombrados, que corresponden con sus propias publicaciones. De estos, cerca de cien especies ya se han recibido y se espera el próximo arribo de otras.<sup>14</sup>

Cinco años más tarde, en su último reporte como secretario de la Smithsonian, en 1878, Henry se refirió de nuevo a los peces enviados por Poey hasta ese momento en los siguientes términos:

del profesor Felipe Poey también [se ha recibido] cierto número de peces, que tienen un valor especial, ya que se trata de los tipos de [especies nuevas] en su memoria sobre esta materia, que, de aparecer en la magnitud prevista, será el trabajo más extenso nunca publicado acerca de los peces de cualquier país.<sup>15</sup>

La memoria o monografía a la que se refería Henry era, desde luego, la *Ictiología Cubana*.

En el propio 1878 se inició la edición de los *Proceedings* del Museo Nacional de los Estados Unidos. Joseph Henry solicitó a Felipe Poey una contribución para el primer volumen de esta publicación seriada, y el naturalista cubano le envió unas “Notas sobre las especies americanas del género *Cybium*”, que incluye especies de peces marinos conocidas vulgarmente en Cuba como

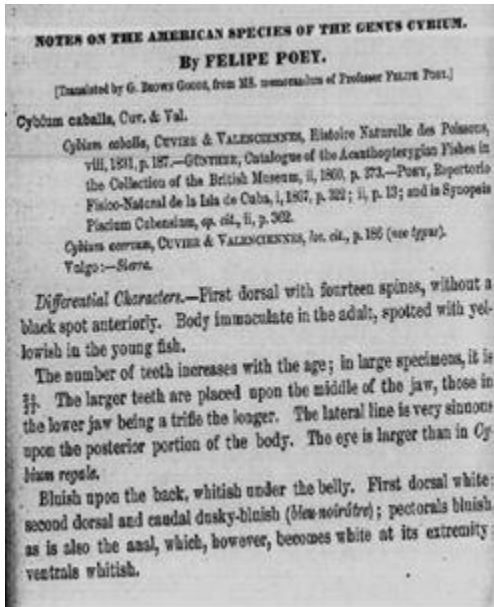
---

donativo de publicaciones por la propia sociedad.

<sup>14</sup> *Smithsonian Institution Annual Report for 1873*, p. 44. Washington, 1874.



“sierra” y “peto”. El trabajo apareció publicado en las pp. 3-5 del primer volumen de los *Proceedings*. El artículo, como toda la correspondencia de



Poey con Henry y con Baird, estaba en francés y fue traducido por G. Brown Goode, destacado zoólogo de la Smithsonian.

Los reportes anuales de la Smithsonian reflejan donativos de Felipe Poey en 17 de los 24 años entre 1855 y 1878. La mayor parte de estos envíos eran de peces, pero Poey donó también otros animales. En

1857 llegó a enviar, vivas, dos tortugas de agua dulce (llamadas en Cuba jicoteas), del género *Emys*, y una boa cubana (*Epicrates angulifer*, generalmente conocida en Cuba como “majá de Santa María”), también viva, así como una colección de reptiles en alcohol. Muchos años más tarde, en 1884, a instancias de Poey, un funcionario habanero envió a David Starr Jordan un ejemplar vivo de *Emys*, que (a juicio de Poey) podía ser una especie nueva. Jordan envió el ejemplar a un herpetólogo de la Smithsonian, quien algún tiempo después le respondió diciendo que se trataba de una tortuga marina.<sup>16</sup> Al enterarse Poey de ello escribió:

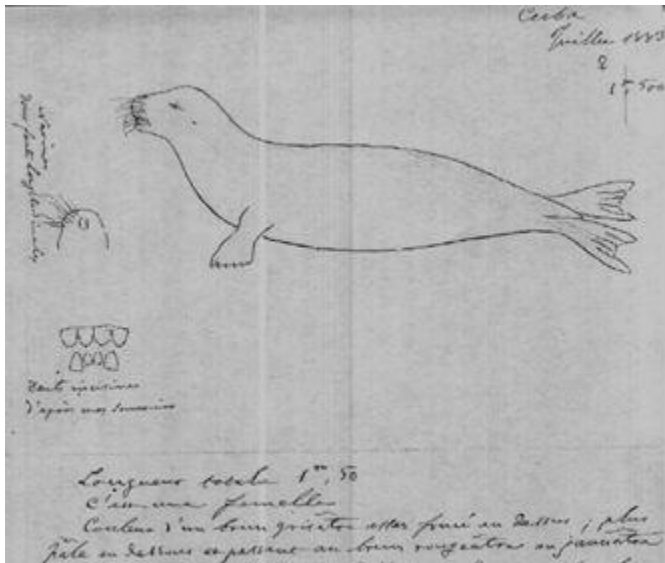
Ciertamente, no se tenía a la vista el ejemplar al que me refiero, el cual es un verdadero *Emys*, que un viejo profesor de historia natural, como yo, no puede tomar por una especie marina de quelonio. Lamento que se

<sup>15</sup> *Smithsonian Institution Annual Report for 1878*, pp. 50-51. Washington, 1879.

<sup>16</sup> Carta de Felipe Poey a [Spencer] Baird, [12 de marzo ?] 1887. Archivos de la Smithsonian Institution.

haya perdido el rastro de este animal, ya que era diferente de nuestras dos especies.<sup>17</sup>

Posteriormente el propio herpetólogo reconoció que había tenido lugar una confusión y que, en efecto, el ejemplar al que se refería Poey se había perdido.



Fragmento de la carta de Poey a Baird sobre la foca del Caribe.

Otro intercambio interesante tuvo lugar cuando Poey le escribió a Spencer Baird sobre la presentación en La Habana de una foca, que por alguna razón consideró un ejemplar de mucho interés. Ya por esta época la foca del Caribe y el Golfo de México, *Monachus tropicalis*, descrita en 1850 a

partir de una piel dañada, era muy rara, y hoy se la considera extinguida. De hecho, sus principales poblaciones fueron exterminadas por el hombre en el siglo XVIII. El propio hecho de que Poey no se refiera en absoluto a esta foca tropical, no parezca siquiera conocer de su existencia y considere incluso que el ejemplar por él examinado podía ser una especie nueva demuestra hasta que punto había desaparecido no sólo la especie, sino hasta la memoria de su existencia. Poey incluyó en su carta una detallada descripción de este pinnípedo. Baird, por cierto, consultó el asunto con el conservador de mamíferos y aves del Museo Americano de Historia Natural, el renombrado

<sup>17</sup> De Felipe Poey a [David Starr] Jordan, 25 de marzo, 1885. Archivos de la Smithsonian Institution

teriólogo Joel Alsaph Allen.<sup>18</sup> En definitiva, el ejemplar embalsamado fue adquirido por la Smithsonian, dos de cuyos investigadores describieron por primera vez su cráneo.<sup>19</sup> Se trata, en efecto, de un ejemplar de *Monachus tropicalis*.

En sus intercambios epistolares con Joseph Henry, Poey tocó a veces temas que rebasaban el marco de las relaciones puramente profesionales. Por ejemplo, cuando en marzo de 1866 Henry le preguntó si debía incluir el Colegio de Belén de La Habana en el directorio de las instituciones a las cuales se enviaban las publicaciones de la Smithsonian, Poey se manifestó bastante crítico de las actividades en La Habana de la Compañía de Jesús, a la cual pertenecía el colegio, sobre todo -decía- por el monopolio que estableció en la enseñanza de la filosofía, con lo cual afectó a la Universidad, aunque también, recordaba Poey, por haber creado un observatorio meteorológico que competía con el fundado años antes por su hijo, Andrés. Poey, no obstante, recomendó a Henry que enviase obras relacionadas con la meteorología al referido colegio.



Andrés Poey Aguirre

El hijo mayor de don Felipe, Andrés Poey Aguirre, había participado en la Comisión Científica de México, la cual siguió a las tropas de Napoleón III que invadieron dicho país, y había establecido lo que parece haber sido el primer observatorio meteorológico moderno en México. Al caer Maximiliano y su imperio, Andrés marchó a Francia, y al regresar a La Habana en 1869 encontró que, debido a gestiones realizadas por

<sup>18</sup> De Felipe Poey a [Spencer] Baird, 1 de agosto, 1883. De J.A. Allen al Prof. [Spencer] Baird, 15 de agosto de 1883. Ambas en los Archivos de la Smithsonian Institution.

el Colegio de Belén, había sido depuesto de su cargo como director del Observatorio Físico-Meteorológico, que él había fundado en 1857. Se trasladó entonces a los Estados Unidos, y -con cartas de recomendación que le dio su padre- se puso en contacto con Joseph Henry y Luis Agassiz. Permaneció en los Estados Unidos un par de años y luego retornó a Francia, donde residió hasta su fallecimiento. Andrés Poey es conocido hoy como un gran compilador de información meteorológica y sísmica, un destacado observador de las nubes, y, además, como un expositor apasionado del positivismo de Auguste Comte, a quien conoció y trató en sus últimos años.

Otro hijo de don Felipe, Federico Poey, dentista de profesión, también se puso en contacto, en algún momento, con Joseph Henry y Spencer Baird. Federico se estableció definitivamente en los Estados Unidos y su familia todavía reside en Los Angeles.<sup>20</sup> Aunque no he podido comprobarlo, una de sus posibles descendientes pudiera ser la escritora estadounidense Delia Poey.

Poco antes de viajar hacia Panamá, busqué en *Amazon.com* las obras que se ofrecían allí escritas por algún Poey. Los resultados fueron 28 libros, de los cuales 5 son por Delia Poey, 2 por Federico Poey (un especialista de USAID que presumo esté emparentado con Delia); un libro era de un autor de Singapur cuyo primer nombre es Poey; 5 libros eran, en efecto, obras escritas por Felipe Poey, 2 otros incluían la denominación de instituciones cubanas que llevaban el nombre de Felipe Poey, mientras que los restantes 13 eran estudios sobre especies originalmente descritas por él, casi todas eran especies

---

<sup>19</sup> Varona, Luis S. *Mamíferos de Cuba*. Editorial Gente Nueva, La Habana, 1980, p. 44.

<sup>20</sup> Comunicación personal de Rosa María González.

de peces, aunque una se refería a una pequeña mosca ceratopogónida, que fue caracterizada y descrita por don Felipe.

Como quiera que en Cuba, durante el siglo XIX, no existían las condiciones para conservar grandes cantidades de ejemplares de animales, casi todas las colecciones de Felipe Poey fueron a dar a los Estados Unidos, ya por donación (como fue el caso de la gran colección de peces de Poey que posee la Smithsonian) o por venta, como sucedió con las colecciones de peces y moluscos enviadas al Museo de Zoología Comparada. Fueron tantos los ejemplares de peces enviados a su director, Louis Agassiz, que -según tuve oportunidad de ver- los esqueletos de algunos de ellos todavía se conservan envueltos en los periódicos habaneros que Poey utilizó para embalarlos. Su gran colección de moluscos también fue a dar al propio Museo. Poey envió una notable colección de mariposas cubanas a Ezra T. Cresson, de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia. Ahora forma parte de la colección general de lepidópteros del Museo Carnegie de Pittsburgh.

Quisiera que se me permitiese terminar citando el preámbulo que escribí al tomo de *Obras* de Felipe Poey, publicado en 1999:

Felipe Poey es el bardo científico de la fauna cubana. Ningún otro intelectual de su tiempo logró entreverar con mayor eficacia sus afanes cognoscitivos en la compleja trama de una cultura nacional en ciernes. Hombre de ciencia, pero también literato, pedagogo, y varón de fina idiosincracia criolla, conjugaba armónicamente el temperamento vivaz, cierto desgarbo, mente abierta y una bien administrada erudición, con el propósito de engendrar una novedosa imagen de la naturaleza cubana. Su

copiosa producción literaria es buena prueba de estos esfuerzos, que se extendieron a tertulias, debates, conferencias, discursos y a la docencia misma. Tan perseverante y vasta dedicación confirió al naturalista, a los ojos de sus compatriotas, la aureola de una leyenda viva.

Sólo cabría subrayar algunas características del pensamiento de Felipe Poey... En primer lugar, la actividad intelectual que mantenía, tan increíblemente receptiva a nuevas teorías y reflexiones, e incluso a la enmienda de sus propios errores, que su biógrafo norteamericano, David Starr Jordan, consideraba a Poey más joven a los ochenta y cinco años, que muchos hombres a los cincuenta. Este rasgo de su mentalidad y carácter explica por qué transitó, con paradójica rapidez, hacia el evolucionismo. Su meditada declaración de 1868, durante la primera polémica pública [efectuada en Cuba] sobre la teoría de Darwin, tuvo la singular importancia de mantener abierta la discusión en torno al origen de las especies, en un medio mayormente hostil a tales debates. Su posición ante la esclavitud fue, por otra parte y por razones diversas y variables, francamente abolicionista. Timorata, si se la juzga con prisma político [actual]; osada, si se la examina dentro del medio social donde [Poey] se desenvolvía.



Pedro M. Pruna-Goodgall, a cargo del Área de Investigaciones del Museo Nacional de Historia de las Ciencias de la Academia de Ciencias de Cuba, profesor en la Universidad de La Habana y vice- presidente de la Sociedad Cubana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, ofreció una charla magistral durante el evento. La foto muestra a Pruna-Goodgall cortando la cinta de la exhibición, junto con Julio Calderón, UNEP (primero desde la izquierda), Ligia Castro, ANAM, y el director de STRI, Ira Rubinoff.

(Boletín *STRI News*, 9 de septiembre, 2005)